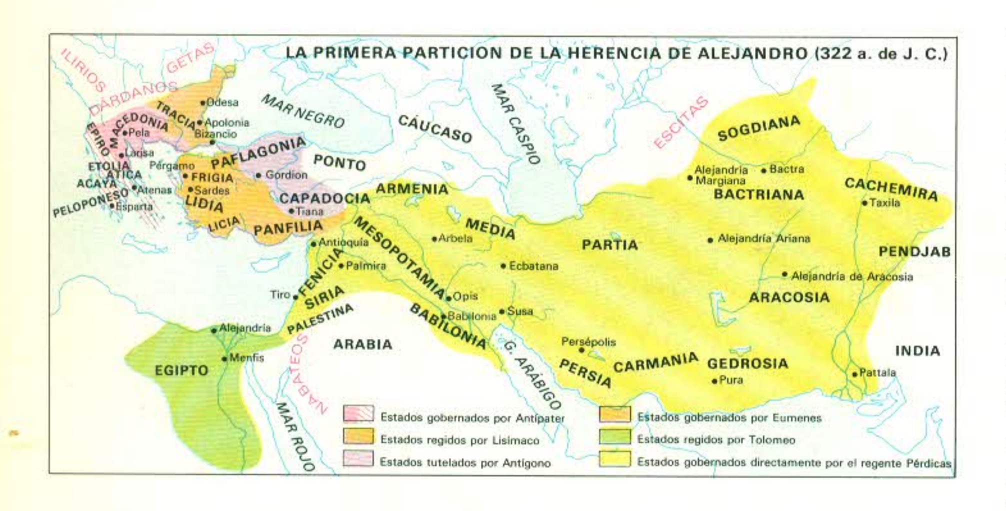


Ruinas del santuario de Asclepios, dios de la medicina, en la isla de Cos, donde descansaban de su activo ocio los intelectuales alejandrinos de los siglos III-I antes de Jesucristo.

La época de los diadocos. Museo y biblioteca de Alejandría

Hemos convenido en llamar período helenístico a los siglos que median entre la muerte de Alejandro, en 323, y la ocupación romana de Grecia y las provincias de Oriente. Se le ha llamado también "época de los diadocos", que quiere decir lo mismo que administradores, porque los generales compañeros de Alejandro gobernaron en un principio las diferentes regiones de su imperio como administradores, en nombre de la familia de Alejandro. Ésta la constituían su madre y su hermana, un hermanastro imbécil, un hijo póstumo de Roxana y un bastardo de una princesa persa. Todos ellos fueron llevados a Pella, para mantener en la capital de Macedonia una sombra de corte que pudiera ejercer autoridad; pero todos fueron eliminados al persuadirse el regente de Macedonia que no podían servirle para aumentar su poder y, en cambio, le perjudicaban con sus encontradas ambiciones.

Los diadocos, mientras tanto, íbanse tallando con la espada sendos reinos inestables en los vastos dominios de Alejandro. Raro es que no apareciese ningún pretendiente de pura raza, declarándose sucesor de los antiguos reyes de Persia o Egipto. Los diadocos son todos macedonios; el solo he-



cho de haberse hallado en contacto con Alejandro durante los doce años de sus conquistas les daba tal fuerza de carácter, tanta tenacidad en su ambición, que no había nada que pudiera resistirles. Como hacía tiempo que lo mismo Grecia que el Oriente formaban sus ejércitos con mercenarios, los diadocos, valiéndose del oro atesorado en Egipto y en Asia, movilizaron fuerzas de mar y tierra para defender sus nuevas fronteras, sin prestar atención a las viejas naciones orientales que, estupefactas, presenciaban sus luchas. Algunos de los diadocos fueron héroes de tan varia fortuna, que sus vidas pueden leerse como novelas caballerescas. Amenazan un día con restaurar el imperio de Alejandro, derribando a sus contrincantes, y al poco tiempo perecen miserablemente en un calabozo o en una escaramuza sin gloria alguna.

Todo les parecía posible a los que habían llegado hasta la India con Alejandro. Como él, fundan ciudades que llevarán su nombre, Tolemaida, Lisimaquia, Antioquía, Seleucia, o el de sus esposas, que son macedonias también y se llaman Berenice, Arsinoe, Cleopatra. Las campañas violentas de los diadocos son conducidas con el valor personal de pequeños Alejandros y poniendo en práctica sus lecciones de estrategia: emplean la falange como elemento de resistencia y la caballería para decidir el ataque. Además, los diadocos aceptan ya la ayuda de los elefantes, que hacen venir de la India, y se valen de máquinas de guerra cada vez más complicadas.

Las luchas de los diadocos se deciden siempre con la mayor violencia, pero en cuanto se ha conseguido la victoria el triunfador trata con afecto a su vencido competidor y a veces pone en libertad a los prisioneros, tras colmarlos de presentes, para que hagan correr la voz, entre los mercenarios de los ejércitos enemigos, de que él es un digno sucesor de Alejandro.

Los caracteres de los diadocos distan de ser uniformes. Tolomeo es juicioso, diplomático, prevenido. Era de la familia de los Lágidas y fue compañero de Alejandro en la escuela de Aristóteles, en Mieza. Después no se habla mucho de él en las campañas del Asia, y acaso por juzgarle inofensivo fue elegido para llevar a Alejandría el cadáver embalsamado del gran conquistador. El cortejo fúnebre marchó desde Babilonia a Egipto con un carro tirado por sesenta y cuatro mulas, donde iba el sarcófago de oro con la momia de Alejandro. Llegado a Egipto con su preciosa reliquia, Tolomeo manifestó completa indiferencia ante las admoniciones del regente Pérdicas; éste trató de castigarle con una expedición militar en que le acompañaría el hermano de Alejandro, que era un incapaz. Tolomeo, con gran prudencia, dejó que Pérdicas se destruyera a sí mismo en el istmo; el regente fue asesinado por sus propios mercenarios, y si Tolomeo no recogió gran botín con la ruina de Pérdicas, ganó por lo menos a sus soldados, que se pasaron al ejército de Egipto. He aquí, pues, ya un diadoco que ha logrado establecer su dominio; él y sus descendientes, que en la Historia se llaman todos Tolomeos, ganarán y perde-

Elefante de terracota de la guerra seléucida, siglos III-II antes de J. C. (Museo del Louvre, París). A la temible falange macedonia, los diadocos añadieron armas de guerra como el elefante, que se representa aquí en el momento de derribar a un soldado gálata con escudo, y que, lanzado contra el enemigo, rompía su formación, aplastando cuanto se interponía en su camino. Sobre el lomo del elefante, en una torrecilla, montaban hombres armados.



rán más de una vez las naturales expansiones de Egipto, que son Palestina, Cirenaica y Chipre, pero nadie les disputará ya el valle del Nilo hasta los días de la conquista romana.

El primer Tolomeo, al tomar definitivamente el título de rey, se da el sobrenombre de *Sóter,* que quiere decir "el salvador". Él y su hijo Tolomeo Filadelfo son los verdaderos fundadores de Alejandría, la gran metrópoli helenística que ofrece tantos puntos de contacto con una capital moderna. Existía en aquel lugar desde muy antiguo una pequeña población egipcia llamada Rakotis, pero Alejandro comprendió que podía ser el puerto y mercado ideal de todo el Levante, y ordenó que allí se levantara una ciudad, que lleva todavía su nombre. El puerto estaba protegido por una isla llamada Faro, y como en ella construyeron los Tolomeos la gigantesca torre en lo alto de la cual se encendía de noche una hoguera para guiar a los navegantes, por esta causa todas nuestras luces de mar se llaman todavía *faros.* A cada lado de la isla del Faro había una entrada para el puerto. La ciudad se extendía sobre una lengua de tierra paralela a la costa, delante de la laguna Mareotis. Un brazo del Nilo proveía de agua dulce a Alejandría. Las calles se cruzaban en ángulo recto, y en la encrucijada principal estaba la Sema o mausoleo de Alejandro. El palacio real se levantaba al este de la ciudad; sus jardines y muelles llegaban hasta una de las entradas del puerto. Con este palacio comunicaban también la famosa biblioteca y el museo.

No pueden negarse, pues, al primer Tolomeo cualidades de organizador. Otra





Tetradracmas de plata de Tolomeo I Sóter (Museo Británico, Londres, y Gabinete de Medallas, Biblioteca Nacional, París). Estas dos representaciones idénticas muestran el verdadero rostro del primer Tolomeo, el fundador de la dinastía a la que dio el nombre.

LAS LUCHAS DE LOS DIADOCOS
(siglo IV a. de J. C.)

322 Pérdicas se esfuerza en obtener la hegemonía absoluta. Antígono, Antípater, Cratero, Tolomeo y Lisímaco se asocian contra él y los demás representantes de la continuidad dinástica: Eumenes, Pitón, Seleuco.

321 Tolomeo se apodera del cadáver de Alejandro y lo hace enterrar en Menfis. Pérdicas ataca a Tolomeo, pero es asesinado por Pitón y Seleuco. Tolomeo rechaza el mando supremo y se establece en Egipto. En Asia Menor, Eumenes triunfa sobre Cratero, que muere en la batalla, y sobre Antípater. Acuerdo de Tripadeiros: Antípater, regente y administrador; su hijo Casandro y Antígono obtienen el mando del ejército de Asia; Seleuco, gobernador de Babilonia, y Pitón, de las satrapías orientales. La Asamblea del Ejército condena a Eumenes por contumaz.

320 Antígono vence a Eumenes en Capadocia.

319 Antígono ocupa el Asia Menor. Muerte de Antípater, legando el mando de Europa a Polipercon. Casandro, Tolomeo, Lisímaco y Eumenes se alían contra Polipercon, que da la libertad a Grecia, retirando las tropas macedonias. Eumenes pasa al bando de Polipercon con título de general en jefe de Asia.

318 Revuelta en Atenas; Casandro acude en auxilio de la guarnición macedonia.

317 Atenas debe capitular ante Casandro. Guerra dinástica en Macedonia: partidos de Casandro y Polipercon. Antígono, Seleuco y Pitón contra Eumenes.

316 Victoria de Antígono en Gabiene. Muerte de Eumenea. Seleuco huye de Babilonia ante Antígono y se refugia en Egipto. Antígono proclama su soberanía sobre Asia. Casandro ocupa Macedonia: Olimpia, condenada a muerte.

315 Casandro, Lisímaco, Tolomeo y Seleuco se alían contra Antígono.

314 Expedición de Casandro contra los etolios, aliados de Antígono.

313 Antígono conquista el Asia Menor y echa a Casandro de Grecia. Los griegos de Cirene y Chipre se levantan contra Tolomeo apoyados por Antígono.

312 Tolomeo puede ocupar Siria y Seleuco regresar a Babilonia y recuperar todas las satrapías orientales hasta la India.

311 Antígono reconquista Siria, y Demetrio, Babilonia. Tratado de paz sobre la base de los territorios ocupados: Casandro recibe Macedonia hasta la mayoría del hijo de Alejandro; Lisímaco, Tracia; Tolomeo, Egipto; Antígono, Asia. Seleuco es excluido y se reconoce la libertad de las ciudades griegas.

310 Casandro asesina al hijo y a la viuda de Alejandro. Seleuco abandona Babilonia para fundar una nueva capital: Seleucia del Tigris. Anexión de Chipre al dominio de Tolomeo.

309 Luchas dinásticas fomentadas por los generales, que terminan con la vida de los últimos parientes de Alejandro.

308 Tolomeo y Casandro intervienen en Grecia.

307 Antígono interviene en Grecia contra Casandro. El hijo de Antígono, Demetrio, libera a Atenas, que restablece la democracia.

306 Demetrio ataca a Tolomeo en Chipre. Demetrio y Antígono toman el título real. Tolomeo logra rechazar en el Nilo a Antígono. Tolomeo va a tomar también el título de rey. Al imitarle los demás diadocos se acaba con la posibilidad de restauración del imperio de Alejandro.

Busto de Tolomeo I Sóter (Gliptoteca Ny Carlsberg, Copenhague). Su origen macedonio y el aprendizaje militar bajo Alejandro Magno, juntamente con la misma preocupación por fomentar el estudio y la investigación, dan la medida de su personalidad, capaz de llevar a feliz término la obra inacabada que recogió a la muerte de Alejandro Magno.



prueba de sus dotes es el tacto con que supo actuar entre todas sus esposas. Una de ellas, llamada Eurídice, era hija del regente de Macedonia, Antípater, acaso el más respetado y respetable de todos los diadocos, al que Alejandro confiara los asuntos de Europa al partir para el Asia y al que Aristóteles nombró albacea en su testamento. Eurídice había llevado consigo a Egipto, como dama de compañía, a una parienta suya, ya viuda, llamada Berenice. Pocos años más tarde, Tolomeo casó también con esta matrona y tuvo de ella un hijo, que fue el segundo Tolomeo, que tomó el sobrenombre de *Filadelfo*. Un hijo que Berenice había tenido de su primer marido fue enviado

LA CRISIS DE LA CIUDAD-ESTADO EN GRECIA: LOS ASPECTOS ECONOMICOS

Las ciudades se definen como democráticas.

Sus principios lo son: igualdad ante la ley de todos los ciudadanos, idénticos derechos políticos, participación directa en la gestión pública.

Sus instituciones son democráticas; la Asamblea popular es soberana; los magistrados no son reelegibles; todos son responsables de sus actos ante los tribunales.

Y, sin embargo, los hechos, las leyes, los mecanismos, denuncian esta democracia como pura apariencia.

La coyuntura económica incide gravemente en la estructura social de la ciudad para acentuar la polarización de sus ciudadanos en dos clases opuestas: una burguesía enriquecida y unas clases bajas de vida precaria.

Para Rostovzeff, la presencia en las ciudades de una clase acomodada bastante numerosa es uno de los rasgos distintivos de la época.

El desahogo económico de esta clase –no existen, al parecer, grandes fortunas– procede, o bien de la prosperidad comercial de principios del siglo III o bien del pago a los servicios prestados en Oriente como soldados o funcionarios.

Esta burguesía urbana parece muy relacionada con el campo; con las primeras dificultades, los capitales han buscado inversiones seguras, la compra de tierras por ejemplo.

Pero es una burguesía urbana que vive en la ciudad, que participa en su gobierno, que dicta con sus gustos –grandes espectáculos, teatros, estadios, gimnasios, exigencias culturales, escuelas públicas y privadas– el modo de vida urbano.

La prosperidad económica no ha llegado a favorecer a las clases bajas en el campo y en la ciudad, y la crisis económica las afectará gravemente.

La crisis tiende a consolidar y redondear las grandes propiedades; una gran parte de los campesinos, antes propietarios, pasarán a la condición de jornaleros.

Quienes, por la hipoteca de sus tierras y bienes, logran sobrevivir a los años peores, se encuentran en una mala situación económica a causa de las deudas.

El alza del costo de la vida no es seguida de una alza paralela de salarios: en 281, un servidor del templo de Delfos gana 120 dracmas al año, pero el mantenimiento de una familia de cuatro miembros cuesta unas 410 dracmas.

El paro generalizado no remite, a pesar de la despoblación, que se hace evidente por la importación de mano de obra esclava.

El enfrentamiento social entre la clase acomodada y las clases bajas se manifiesta además en la lucha política.

La burguesía controla todos los órganos del estado.

Suprime los "mistoi", las dietas pagaderas a los ciudadanos que asistían a la Asamblea o a los Tribunales, con lo cual la participación de los ciudadanos pobres en ambos es nula.

Favorece una política demagógica: los grandes ciudadanos financian "generosamente" los servicios públicos, los espectáculos y fiestas religiosas; en caso de desastre –hambres, epidemias– son ellos, a través de juntas privadas, los que distribuyen víveres o dinero; se evita así el escándalo público, los motines o cualquier intento de discutir el problema políticamente y buscarle soluciones estatales.

Las clases bajas apoyan un programa revolucionario.

Programa revolucionario campesino: reparto de tierras, abolición de las deudas.

Programa revolucionario urbano: abolición de deudas, reivindicaciones de los esclavos.

Revueltas sociales.

como rey a Cirene. Tolomeo tuvo aún otros hijos de otras esposas.

En contraste con Tolomeo, a quien podríamos llamar el más afortunado de los diadocos, pondremos la trágica pareja de Antígono y su hijo Demetrio Poliorcetes. Antígono era mucho más viejo que Alejandro, y juzgando éste que no podría seguirle en sus veloces marchas, le dejó en el Asia Menor, para que protegiera la retaguardia. Antígono estaba allí todavía al morir Alejandro, y en esta hora crítica se le despertó una ambición senil de mando y de gloria. Tuerto, grandote y grosero, ponía sus ilusiones en su hijo Demetrio, quien, según Plutarco, "sin ser tan alto como su padre, era de singular belleza y expresión, tanto, que ningún escultor pudo hacer de él un buen retrato. Combinábanse en su persona la gracia con la fuerza, la dignidad y la juventud y, a pesar de sus desordenadas pasiones, sabía conservar su arrogante presencia y maneras reales". Demetrio correspondía al amor de su padre.

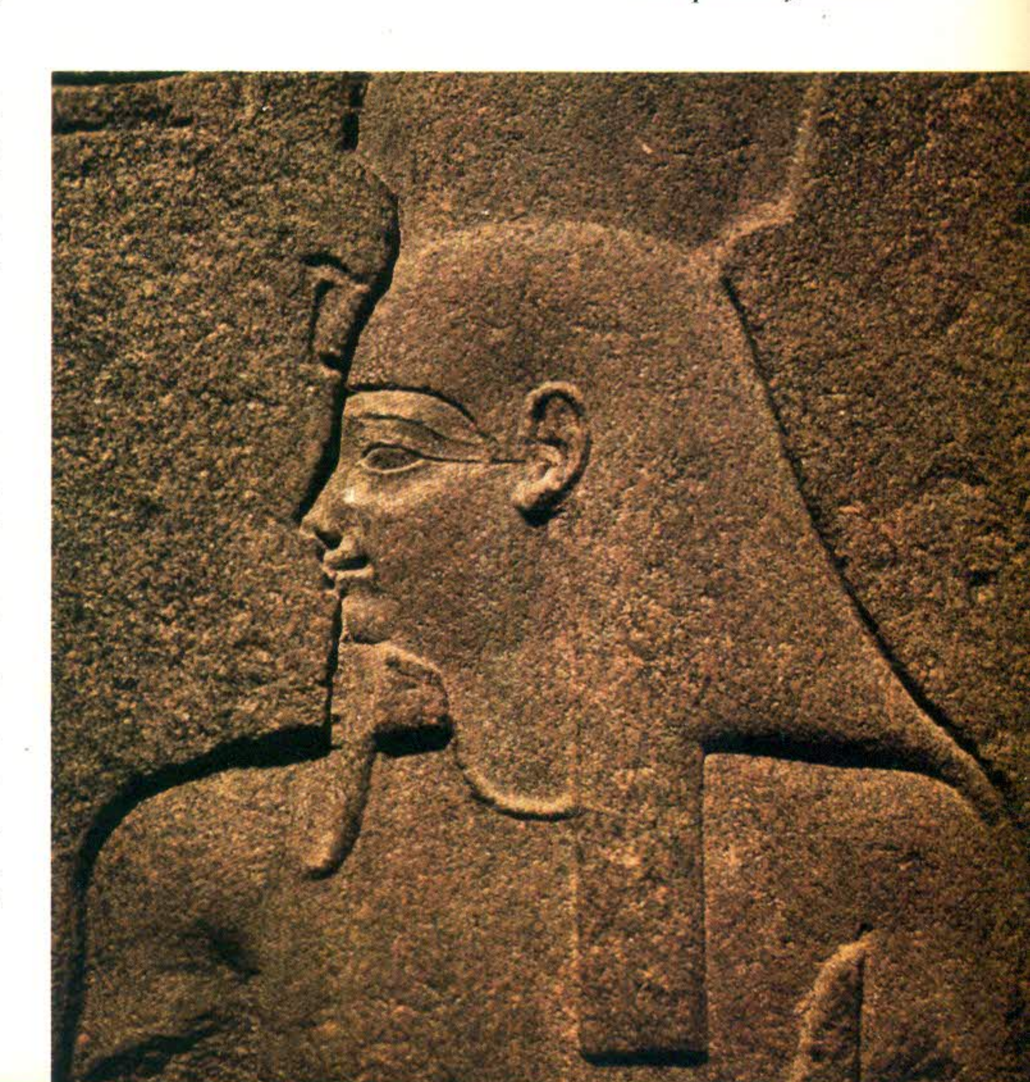
Es interesante notar que los pocos retratos que conservamos de los diadocos, en sus monedas y medallas, guardan cierto parecido entre sí, porque se divinizan con los dos cuernos a los lados de la cabeza. Son un recuerdo de los de Alejandro, quien, por considerarse hijo del dios Amón, se ponía las astas de carnero del dios de Tebas en sus retratos oficiales y monedas.

Demetrio fue apodado el Poliorcetes, o "sitiador de ciudades", porque mostraba más interés en las peripecias de un sitio que en las batallas a campo abierto. Ya Alejandro había comprobado su arrojo en los sitios de Tiro y de los castillos de la Bactriana, pero Demetrio pretendía hacer de esta guerra de fortalezas una ciencia táctica. Parece haber estado poseído del furor científico, y construía máquinas que hubieran sido un prodigio de mecánica de poder ser manejables. Otras veces, en lo más arduo de un asedio, abandonaba el campamento para acudir a una cita amorosa. Su padre conocía las debilidades de Demetrio; cuéntase que una vez que éste excusaba una ausencia "por haber tenido fiebre", Antígono le replicó diciendo: "Sí, ya la he visto; *tu fiebre* salía por la puerta de escape cuando yo entraba". Por esto Demetrio necesitaba del aguijón de Antígono como Antígono necesitaba del brío de Demetrio.

He aquí cómo cuenta Plutarco la muerte del padre en una formidable batalla contra Tolomeo y Seleuco, coligados contra ellos. El viejo diadoco tenía entonces ochenta y tres años y en la mañana de aquel día, al salir de su tienda, debió de sufrir un ligero ataque apoplético porque cayó al suelo, haciéndose mucho daño; pero levantándose en seguida, alzó las manos al cielo, pidiendo a los dioses que le dieran "la victoria o la muerte antes que ver la derrota". Al empezar el combate, Demetrio cargó con la caballería con tanta furia, que llegó más lejos de lo que convenía, pues el enemigo le cerró el paso con los elefantes cuando quiso regresar al frente de combate. Entonces los mercenarios de Antígono, creyéndose perdidos, empezaron a desertar en masa, pero el viejo general



Camafeo con las efigies de Tolomeo II Filadelfos y su esposa Arsinoe (Kunsthistorisches Museum, Viena). Aunque Tolomeo I fue el fundador del museo de Alejandría, fue su hijo quien le dio el esplendor por el que lo conoce la historia. Consiguió reunir en su corte a sabios y poetas de la talla de Euclides, Calímaco, Teócrito de Siracusa, Aristarco de Samos, etc., convirtiendo la capital de su reino en el centro cultural más importante del mundo.



Relieve que representa a Tolomeo II Filadelfos (Museo Egipcio, Berlín). La nueva monarquía macedonia siguió la milenaria tradición de los faraones de Egipto de dejar recuerdo de su reinado en inscripciones y relieves.

VALORES DE LA EPOCA HELENISTICA

En la historia de Grecia, la época helenística, que no es ajena a la historia de la humanidad, no fue debidamente valorada hasta finales del siglo pasado por el filólogo alemán J. G. Droysen. A él debemos el nombre de "helenismo".

Los historiadores que precedieron a Droysen no comprendían el sentido histórico de los dos siglos que median entre Alejandro el Magno y la anexión de Grecia al Imperio romano. Para ellos, la historia de Grecia terminaba con la caída de Atenas y las genuinas instituciones de la ciudad-estado. A esta época se la calificaba de decadente, sin tener en cuenta que había nacido un nuevo imperio mundial que como construcción política duró muy poco, aunque como medio de difusión de la cultura helénica sobrevivió a la fragmentación política.

Todo el mundo hasta entonces conocido se hizo eco de la cultura y del espíritu griegos. A pesar de la diversidad política de los diadocos, todos los pueblos del Mediterráneo oriental se sintieron unidos por la cultura, la economía y principalmente por la lengua. En efecto, la lengua griega se extendió por todas las cortes y por todas las grandes ciudades del Mediterráneo oriental; esta lengua perdió los particulares rasgos dialectales, para adquirir cierta uniformidad lingüística; de ahí que se le denominara *Koiné* o lengua común.

Lo positivo de esa época reside en la fusión entre pueblos orientales y occidentales, en la superación del antagonismo que significaban los tradicionales conceptos helenos frente a los bárbaros. Ahora es cuando por primera vez la antigua lealtad a la *polis* tradicional fue sustituida por una solidaridad internacional. La patria es el Ecumene, es decir, el estado mundial. Esta ampliación de horizontes hace que el hombre ya no sea ciudadano nacional, sino ciudadano del mundo, cosmopolita. Ahora se forja el concepto de filantropía, idea que Roma hereda de Grecia y que se convertirá en el sentido ecuménico del cristianismo.

Esta nivelación de culturas nacionales para llegar a una cultura internacional mixta es lo que da carácter moderno a la época helenística. La herencia de Alejandro no hay que buscarla en las campañas y en las conquistas, que no fueron otra cosa que éxitos momentáneos, sino en la transformación espiritual y cultural que se operó tras sus singulares hazañas.

La época helenística políticamente se cierra con el dominio del Imperio romano a partir de mediados del siglo II a. de Jesucristo, pero como hecho cultural y espiritual pervivió hasta el final de la antigüedad, es decir, hacia el siglo III de nuestra era. A este espacio de tiempo se le denomina acertadamente helenismo romano, para distinguirlo del helenismo de cuño helénico, que es el que ahora nos interesa.

*

Paradójicamente, en medio del bullicio de las urbes, el hombre de la época helenística se encontraba terriblemente solo y sin protección, ya que estaba desligado de la ciudad-estado y de la religión cívica. Ahora como nunca sintió la necesidad de agruparse donde fuera.

Los innumerables pobres formaban pequeñas asociaciones religiosas bajo la advocación de una divinidad, cuyo origen generalmente era oriental. La masa buscaba en este nuevo tipo de religiosidad lo emocional, lo místico y lo supersticioso. Por esto se explica la invasión de la religión oriental en todo el mundo griego.

El cosmopolitismo y el contacto entre indígenas y griegos crea, por otra parte, el sentido de la fraternidad humana. Las clases altas de la sociedad también sintieron esta soledad, pero, frente a la masa, hallaron en la filosofía la fuerza necesaria para pasar de los cultos tradicionales a una religión personal y elevada. Se produjo ahora una tajante ruptura entre la religión y la filosofía.

La Academia, fundada por Platón, se dedicó con un acentuado escepticismo a la crítica del conocimiento. La escuela de Aristóteles se orientó hacia la experimentación y la clasificación, lo cual fue el origen del movimiento científico posterior. A estos círculos acudían más bien los aristócratas. Los cínicos son los que ganan más popularidad entre las clases inferiores. Sus ideas filosóficas eran expuestas por medio de la sátira, la parodia, el chiste mordaz y la diatriba. Las homilías y predicaciones de los cínicos se podían oír en los mercados y en cualquier sitio donde acudiera la muchedumbre.

Pero los sistemas filosóficos que configuran la época helenística son los de Zenón y de Epicuro. El estoicismo lo fundó Zenón de Citio entre los metecos que vivían en Atenas. Tras la muerte de Alejandro, se enseñó públicamente en el pórtico *(stoa)* policromo o abigarrado del ágora. Esta doctrina fue un fermento para el helenismo, ya que predicaba la unión de todos los hombres emparentados por la naturaleza. Buscaba la justicia entre el pobre y el rico e inspiró atrevidas reformas sociales, como las llevadas a cabo por Cleomenes en Esparta y posteriormente por Tiberio Graco en Roma. El estoico cree en una providencia divina que determina el destino de los hombres y de las cosas. Por ello, esta corriente invita al sabio a aceptar gozosamente las leyes de la necesidad.

El epicureísmo aconsejaba la separación del individuo de la masa y de la política. Su imperativo era: "Vive en lo oculto". El hombre, según Epicuro, ha de liberarse de los temores y de las pasiones religiosas. Al espíritu hay que tranquilizarlo del miedo de la muerte, ya que ésta "no afecta ni a los vivos ni a los muertos, pues no existe para aquéllos ni éstos existen para ella".

El individuo es una acumulación de átomos, como ya señaló Demócrito desde un punto de vista teorético, pero no moral, que con la muerte simplemente se disgregan. La libertad del alma proporciona al hombre el placer y la ausencia de dolor, que no han de ser el mal entendido hedonismo de algunos de los seguidores del fundador. Epicuro vivió como un santo laico, procurándose la amistad como sustituto de la participación en la vida pública. De su obra sólo se conservan fragmentos y algunas cartas, pero Lucrecio, su entusiasta alumno retardado, nos legó la mayor parte de su doctrina en *De rerum natura*.

La filosofía de la época helenística desempeñó el papel de la religión entre las personas cultas, mientras la numerosa masa de ciudadanos se dejaba convencer por todo tipo de supersticiones y por los fabulosos espectáculos que le ofrecían los monarcas absolutos para hacer ostentación de su indiscutible autoridad.

J. A.

no quiso abandonar su puesto. "Señor, que vienen contra nosotros", le dijo uno de los suyos. "¿Qué quieres que hagan sino venir a atacarnos? –respondió Antigono–, pero Demetrio también vendrá a socorrernos", y buscando a su hijo con los ojos, cayó muerto, traspasado por infinidad de dardos.

Esta vez Demetrio pudo escapar con cinco mil que le permanecieron fieles; rehizo sus huestes y obtuvo todavía grandes victorias, a pesar de haber perdido a su padre, hasta que un día funesto cayó en manos de Seleuco, quien le retuvo prisionero con todos los honores en la península cerca de la desembocadura del Orontes, donde tenía su remonta de caballos y elefantes. Demetrio se mantuvo por algún tiempo en esta ociosidad sin que decayera su espíritu, mas poco

a poco fue perdiendo todo interés por la vida y se dio filosóficamente a la bebida hasta que murió, a la edad de cincuenta y cuatro años.

A pesar de sus deficiencias morales, Demetrio parece dotado de un temperamento más que humano. Uno de sus hechos de armas más famoso fue la batalla contra los enemigos de su padre, en Salamina de Chipre. Entre el botín recogido parece que figuraba la llamada *Victoria de Samotracia,* que representa a una Victoria volando en la proa de su galera. Hoy la Victoria de Demetrio, mutilada por los siglos, es el perfecto símbolo del arte helenístico. Al contemplarla ahora en el Museo del Louvre, gozamos de su maravillosa hermosura, pero Demetrio sería aún más dichoso viendo nuestras máquinas de guerra.

No fueron sólo trofeos artísticos, y una vida más para narrarla Plutarco, el resultado de las hazañas de Demetrio. Su hijo, que se llamó Antígono, como el abuelo, se mantuvo en el trono de Macedonia y sus descendientes lo conservaron hasta la conquista romana. He aquí, pues, otro trono ganado por un diadoco, si no para sí, para los suyos, aunque no con la firmeza con que mantuvieron su autoridad los primeros Tolomeos.

El carácter militar que reveló Demetrio Poliorcetes es algo nuevo, casi moderno. Demetrio no sintió el deseo de honrar su reinado con una capital fastuosa como Alejandría ni Antioquía, ni colmarla con obras de arte, ni atraer sabios eruditos y poetas, como hicieron los Tolomeos. No tuvo tan siquiera un centro fijo para establecer su corte; donde más a su gusto se encontraba era en Atenas, pero allá los desórdenes de la democracia le impedían ejercer su gobierno y tenía que escapar con sus galeras. Su fuerza estaba en las naves, que cuidaba fuesen superiores a las de los otros diadocos. Si tuviéramos que decidir cuál fue el territorio nacional de Demetrio, diríamos que las islas del mar Egeo, como Chipre, Creta, Samos, Chíos, Lesbos. Estas bellas tierras flotantes eran lo más permanente de la talasocracia de Demetrio.

Es simbólico que mientras el más permanente recuerdo de los Tolomeos fue el faro para orientar a los navegantes, lo que se nos conserva de Demetrio Poliorcetes es la Victoria de la proa de la embarcación, tocando la trompa o agitando el trofeo de sus hazañas marinas.

El tercer diadoco que transmitió su reino a sus descendientes fue Seleuco, otro compañero de Alejandro. En lugar de establecer



Tetradracma de plata de Demetrio Poliorcetes, de 305 antes de J. C. (Museo Británico, Londres). El sitiador de ciudades ha dejado como símbolo a la historia esta Victoria alada reproducida en la moneda, que, sobre la proa de una embarcación, toca la trompa para anunciar las muchas victorias y el gran valor de su dueño.



Ruinas del templo de Apolo en Cirene (Libia). La Cirenaica, territorio del norte de África que limita a la derecha con Egipto, sufrió diferentes ocupaciones como consecuencia de los proyectos expansionistas de los Tolomeos. Recibió con acentuada intensidad la influencia griega y su capital, Cirene, fue el centro helenístico más importante del norte de África, excepción hecha de Egipto.

LA MONARQUIA HELENISTICA: PRINCIPIOS Y REALIDADES

LOS GRIEGOS Y LA MONARQUIA ANTES DEL PERIODO HELENISTICO

La forma característica de la organización política del pueblo griego fue la ciudad-estado: sobre una base territorial reducida, un gobierno republicano, en mayor o menor grado democrático. Los griegos consideraban la monarquía como una forma de gobierno inferior, propia de hombres no-libres, adecuada quizá para los bárbaros. La decadencia de las ciudades griegas y de la concepción del estado como comunidad de ciudadanos iguales que, responsables de un conjunto de deberes y derechos, participan en la dirección de los asuntos de la ciudad, el problema de cómo gobernar un imperio desde una sola ciudad, la tradicional organización de los orientales en monarquías, hicieron que, por doquier, los sucesores de Alejandro establecieran estados monárquicos. Mas para hacer tolerable esta innovación a los griegos fue preciso esbozar una justificación de la realeza, una teoría del poder monárquico y que, en último término, las fuerzas reales del estado sostuvieran un poder único.

EL REY COMO HOMBRE PROVIDENCIAL

Sentimiento popular muy difundido entre el pueblo griego es la creencia, casi supersticiosa, casi mágica, en la fortuna, fuerza indefinida –¿poder divino?, ¿poder de la naturaleza?– que dirige el acontecer humano de forma caprichosa, favorable a unos, contraria a otros. Ideas paralelas aparecen en el pensamiento filosófico: los estoicos hablan de un mundo dirigido por la providencia; los epicúreos, del poder del azar en la naturaleza.

La fortuna tiene sus elegidos: al hombre por ella favorecido corresponden naturalmente el éxito y la victoria, sin que nadie, sino el insensato, se oponga a ello. Alcibíades entre los atenienses, Lisandro entre los espartanos, habían recogido de sus coetáneos una admiración entusiasta, el reconocimiento unánime de su cualidad de "hombres de la fortuna".

A los sucesores de Alejandro, los generales de su ejército, les convenía presentarse como hombres identificados con esa fortuna o providencia, con ese poder extraordinario que, por una parte, legitimaba todo lo que realizaban –¿qué no puede hacer un hombre providencial?– y, por otra parte, garantizaba el acierto de su gestión a sus súbditos –¿cómo va a equivocarse un hombre providencial?–.

EL REY COMO PERSONALIDAD DIVINA

De la consideración del monarca como electo de la fortuna y ejecutor de sus designios –posición que le separa del resto de los hombres no favorecidos por ella– se pasó a la consideración del monarca como dios, es decir, como perteneciente a una especie distinta y dotado, en consecuencia, de cualidades sobrenaturales.

Los historiadores han discutido mucho si esta divinización del monarca es una adopción de costumbres orientales por los diadocos –el faraón egipcio era dios– o bien es el aprovechamiento, con fines políticos, de costumbres religiosas de los griegos, como el culto a los héroes, a los fundadores de estados o a los antepasados ilustres.

Hecho cierto en todas las monarquías que se repartieron el imperio de Alejandro es la existencia de un culto religioso al soberano, que, en formas muy diversas, a veces extremadamente discretas y limitadas, obliga a todos los súbditos a concentrarse en determinados lugares y fechas para celebrar al rey, acatar su carácter divino y jurarle lealtad.

El carácter divino del monarca conduce un poco más adelante: el rey, como todos los demás dioses, es "Sóter" –salvador–, es "Boetos" –magnánimo–, es "Evergetes" –bienhechor–. Experimenta por sus súbditos un sentimiento de "eunoia" –buena voluntad–, sentimiento que éstos deben devolverle.

Existe, pues, una "areté" monárquica, un conjunto de virtudes que se proclaman como propias del soberano y que son la justificación moral de su poder absoluto. En efecto, ¿para qué van a servirnos las instituciones democráticas, ejercicio del derecho a expresarse libremente, a juzgar los actos del gobierno, si nuestro rey es, por ser rey, necesariamente bueno, justo, idóneo, incapaz de caer en el error?

EL MONARCA HELENISTICO ES UN MONARCA ABSOLUTO

El rey es la fuente del poder, es "nomos empsichos" –ley viviente–; la ley es la voluntad del monarca, y la voluntad del monarca es ley. El ejercicio del poder real no conoce límites ni obstáculos: todas las instituciones, todos los cargos dependen exclusivamente del rey; los funcionarios son llamados "aulicoi" –hombres de la corte–, es decir, antes que magistrados son hombres que viven junto al rey, los "amigos" del monarca.

Ni una propaganda ideológica desmesurada, asimilada a medias por los sometidos, ni el carácter absolutista del gobierno garantizan al monarca un reinado tranquilo. Frente a las intrigas de la corte, frente a carreras demasiado brillantes de otros generales, frente a rebeliones o defecciones de los distintos territorios, a la hora de la verdad el monarca helenístico se salva si están a su lado dos fuerzas: el ejército y los recursos económicos.

La monarquía helenística es una monarquía militar, pues los primeros reyes son los grandes generales de Alejandro. Se es rey porque se posee un ejército, porque este ejército aclama a su general como "basileus", porque de la potencia del ejército depende la victoria frente a los otros aspirantes. Se continúa siendo rey mientras este ejército pueda dar cuenta de los adversarios de su general.

La explotación del patrimonio del estado –bienes de cualquier tipo: explotaciones agrícolas, minas, talleres artesanos, etc.–, que suele ser muy considerable, reporta al gobernante cuantiosos ingresos; el derecho a imponer tributos en la cantidad deseada y el momento en que se necesiten completa un presupuesto cuyos gastos –mantenimiento del ejército real, donaciones a las ciudades, "favores", recompensas a los grandes, mecenazgos– son elevados debido a la necesidad de sostener una política de prestigio y magnificencia.

su capital en Babilonia, como había propuesto el conquistador, la construyó cerca de la costa aunque algo alejada del mar, en un lugar al pie del cerro Sipilo, que constituía de por sí una defensa natural. La llamó Antioquía, del nombre de su padre. Fue la ciudad más importante del Asia, aunque diferente de Alejandría, donde además del comercio se cultivaron las artes y las ciencias. En Antioquía se prodigó el lujo y se cultivaron toda suerte de placeres hasta la época romana. El parque era famoso, con toda clase de diversiones, y por si esto no fuera bastante, se creó un barrio junto a la playa, una especie de lugar internacional llamado Dafne, donde fueron a malgastar su tiempo y sus riquezas los potentados de Europa y Asia.

Seleuco empezó haciendo amistad con Tolomeo para defenderse de los ataques de

La Victoria de Samotracia (Museo del Louvre, París). Difícilmente podría imaginar Demetrio Poliorcetes que, de sus hechos, el que más le agradece la historia es esta escultura, obra cumbre del arte helenístico de la escuela de Rodas.



Antígono y Demetrio. Después, con el auxilio de Tolomeo, Seleuco consolidó su gobernación, que comprendía desde el Mediterráneo al Himalaya. Pero todavía en ocasión de hallarse Seleuco en la India para sofocar una sublevación, Demetrio ocupó otra vez Babilonia, aunque por poco tiempo. Seleuco pactó entonces con el rey indio Chandragupta, concediéndole completa independencia a cambio de que le entregara cuatrocientos ochenta elefantes; éstos fueron los que decidieron la batalla en que perdió la vida el viejo Antígono.

Interesante parece consignar que, mientras así se combatían, Seleuco estaba casado con una hija de Demetrio. Dícese que ésta despertó tal pasión en su hijastro Antíoco, que Seleuco se la cedió para que la tomara por esposa. Plutarco cuenta esta anécdota con mucha gracia: "La joven reina se llamaba Estratónice y había hecho ya a Seleuco padre de un varón. Mientras tanto, el hijo Antíoco, comprendiendo que su amor por ella era criminal, resolvió dejarse morir de hambre, rehusando todo alimento, con el pretexto de que estaba enfermo. El médico que le asistía comprendió que la causa de su indisposición era el amor, pero no lograba adivinar la persona de quien Antioco se había enamorado. Para descubrirla, no se movió de la cámara del enfermo, observando las emociones y alteraciones del rostro de Antíoco cuando venían a visitarle las damas de la corte. Pronto notó que la presencia de estas mujeres no producía en él ningún efecto, pero cuando entraba Estratónice, que lo hacía a menudo en compañía de Seleuco, el hijo de éste perdía la voz, palidecía, sudaba, y los latidos de su corazón se hacían irregulares y violentos... Conociendo el médico el cariño de Seleuco por su hijo, fuese en su busca para decirle que el mal de Antioco era de amor y, por desgracia, de un amor imposible. El rey, muy sorprendido, preguntóle por qué era imposible. –El caso es –dijo el médico– que Antíoco está enamorado de mi mujer. –¿Y a esto llamas un amor imposible? –respondió Seleuco–; tú no rehusarás tu esposa al heredero del trono, si no hay otro medio de salvarle la vida. –¿Tú tampo-

co lo harías, si tu hijo estuviera enamorado de Estratónice? –¡Oh amigo –contestó el rey–, yo daría no sólo a Estratónice, sino mi corona, por salvar a mi hijo!".

Antíoco y Estratonice marcharon a gobernar las provincias orientales que lindaban con la India. Allí, este príncipe macedonio y su esposa vivieron largos años, rodeados de vasallos asiáticos, hasta que la muerte de Seleuco los llevó otra vez a Siria. Ya nadie más disputó a sus descendientes las provincias de Siria y Mesopotamia hasta la conquista de los partos arsácidas.

Tales fueron los hombres; vamos a ver algo de su obra. Por de pronto, barrieron sin respeto las antiguas fronteras del mundo antiguo. Es cierto que, como resultado de las campañas de los diadocos, el imperio de Alejandro quedó dividido en tres porciones naturales: el reino de los descendientes de Tolomeo, o sea Egipto; el reino de los descendientes de Antígono, con Macedonia, Grecia y las islas; por último, el reino de los descendientes de Seleuco, en el Asia. Las pequeñas nacionalidades se ahogaron dentro de estas nuevas monarquías macedónicas. Algunas trataron de resistir, y tenemos el caso de nacionalismo agudo de la rebelión de los judíos contra Antíoco Epifanes, historiada en los libros de los Macabeos. Pero en general estos "desórdenes" fueron provocados por la política de los otros diadocos y sus descendientes, que pretendían mantener el equilibrio debilitando a sus vecinos. Las intrigas de los primeros Tolomeos contribuyeron a impedir la preponderancia de Siria o Macedonia. Los Tolomeos desarrollaron una política de atracción para con los judíos y los griegos; adivinaron la fuerza de Roma, manteniéndose neutrales durante las guerras púnicas, y por fin se aliaron a las pequeñas repúblicas independientes, como Rodas, que cada una de por sí podía bien poco, pero que sumadas a Egipto constituían un factor realmente importante.

En Grecia, como siempre, se formaron ligas entre las ciudades para resistir la penetración de Macedonia; sin embargo, no aparece un nacionalismo griego: lo que se quería era la libertad de seguir fomentando



Dos figuras de jovencitos en terracota de Tanagra del siglo III a. de J. C. (Museo de Samotracia). Estas terracotas representan a veces parejas de hombres y mujeres, muchachas bailando, etc. Vaciadas en moldes, tienen carácter popular y reproducen tipos y escenas de la vida diaria.

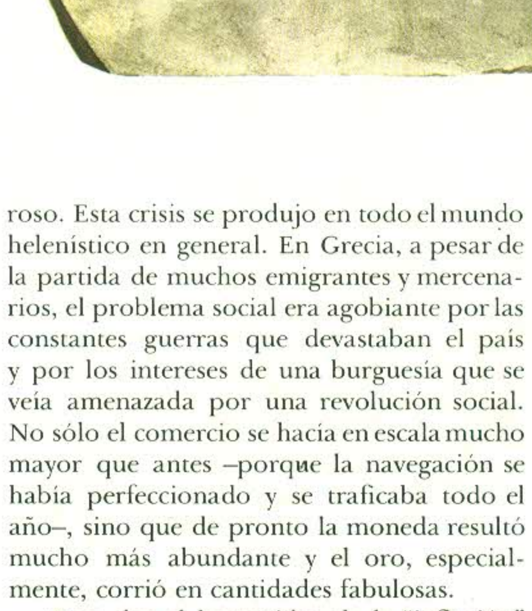


Busto de Seleuco I (Museo Nacional, Nápoles). El fundador de la dinastía seléucida reinó sobre la parte asiática del imperio de Alejandro, cambiando la capital, Babilonia, por Antioquía, que él mandó construir próxima al mar.

los antiguos rencores locales. Esto creaba grupos de descontentos en cada región de Grecia, que miraban al rey de Macedonia como a un libertador. Los odios seculares de los partidos políticos se habían agravado con los cambios económicos que produjo la conquista del Asia. Oriente era entonces como una América que atraía a ambiciosos emprendedores. El dinamismo producido en esta época por los nuevos medios de enriquecimiento cambió radicalmente la estructura social del mundo antiguo. Hasta entonces había una tajante división de clases, basada en los privilegios de nacimiento y en los prejuicios nacionalistas, que suponía la ciudad-estado. Como sustituto de esta configuración social ahora aparece no la diferencia de clases, sino de estamentos. Los grandes capitales están acumulados en manos de una minoría frente a un proletariado cada vez más numeroso. Esta crisis se produjo en todo el mundo helenístico en general. En Grecia, a pesar de la partida de muchos emigrantes y mercenarios, el problema social era agobiante por las constantes guerras que devastaban el país y por los intereses de una burguesía que se veía amenazada por una revolución social. No sólo el comercio se hacía en escala mucho mayor que antes –porque la navegación se había perfeccionado y se traficaba todo el año–, sino que de pronto la moneda resultó mucho más abundante y el oro, especialmente, corrió en cantidades fabulosas.

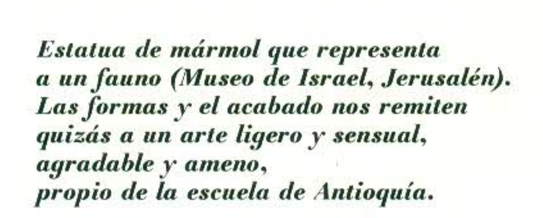


Busto de Antíoco I (Museo Vaticano). Por su victoria sobre los celtas de Frigia mereció el título de Sóter, salvador. No obstante, durante su reinado diversas partes del Asia Menor se constituyeron independientes, entre ellas Pérgamo, en el año 262.



Para dar al lector idea de la "inflación" de metálico después de Alejandro, recorda-





Estatua de mármol que representa a un fauno (Museo de Israel, Jerusalén). Las formas y el acabado nos remiten quizás a un arte ligero y sensual, agradable y ameno, propio de la escuela de Antioquía.

EL GRAN SIGLO DE LAS MONARQUIAS HELENISTICAS: DE IPSOS A LA INTERVENCION ROMANA

(años 305 a 203 a. de J. C.)

305 Tolomeo I Sóter funda un imperio que comprende Egipto, Siria, Panfilia, Caria y Cos, y rechaza en el Nilo un ataque de Antígono. Seleuco I Nicátor funda la dinastía seléucida; en lucha contra Antígono y Demetrio, cede a Chandragupta las provincias indias del imperio de Alejandro a cambio de quinientos elefantes de combate.

302 Antígono y su hijo Demetrio restablecen la Liga panhelénica de Corinto como alianza ofensiva dirigida contra Casandro.

301 El ejército unido de Lisímaco y Seleuco vence al de Antígono y Demetrio en Ipsos en batalla decisiva: Antígono muere en el campo y su hijo debe huir a Éfeso con las fuerzas restantes. El persa Mitrídates toma el título de rey del Ponto.

299 Seleuco casa con Estratónice, hija de Demetrio, y reconoce la soberanía de éste sobre las ciudades de Asia Menor.

297 Muerte de Casandro: crisis y guerra dinástica. Demetrio, tras victoria militar en Larissa, pretende el trono como yerno mayor de Antípater, "estratega de Europa". La asamblea del ejército le proclama rey, con la oposición de Lisímaco y Pirro de Epiro. Construcción de la ciudad de Demetriades en Tesalia.

292 Pirro se alía con los etolios para liberar a los beocios de la soberanía de Demetrio, quien a su vez invade Corcira.

288 Pirro y Lisímaco vencen definitivamente a Demetrio y se dividen Macedonia. Antígono Gonatas recibe de su padre Demetrio los países griegos que le han permanecido fieles, pero Tolomeo y Pirro auxilian a Atenas para recuperar su independencia.

287 Campaña de Demetrio en Asia Menor, donde sus soldados acaban pasándose al bando de Seleuco: es el último fracaso.

285 Antígono Gonatas reconquista Macedonia y concluye una paz con Pirro. Lisímaco se opone y busca contactos con los etolios y Atenas.

284 Lisímaco vence a Pirro y extiende su poder a Macedonia, Tesalia y Grecia.

283 Filetero de Tios, tesorero de Lisímaco y gobernador de Pérgamo, liberta a esta ciudad de la dominación tracia y la ofrece a Seleuco I, quien le reconoce príncipe gobernador de la región. Tolomeo II Filadelfo reina en Egipto.

281 Lisímaco es vencido y muerto en Curupedion por Seleuco y sus aliados.

280 Campaña de Pirro en Italia. Bitinia se separa del reino de Lisímaco bajo Nicomedes I. Expedición de Seleuco a Macedonia para conseguir el trono. Tolomeo Cerauno vence y mata a Seleuco y es proclamado rey, mientras Antíoco I se queda con las posesiones asiáticas de Seleuco.

278 Los celtas (gálatas) atraviesan el Helesponto y penetran en Asia y se establecen en Frigia.

276 Antíoco I Sóter vence a los gálatas en la "batalla de los elefantes" y son obligados a establecerse en el norte de la Gran Frigia.

275 Guerra entre Antígono y Pirro, que intenta apoderarse de Macedonia: tras algunos éxitos, y gracias al apoyo espartano y a Antígono, Pirro es vencido y muerto en Argos. Su hijo Alejandro es reconocido como rey de Epiro.

274 Primera guerra siria por el poder en Siria meridional entre Tolomeo II y Antíoco I: Tolomeo toma Damasco y avanza hasta Asia Menor, consiguiendo así neutralizar una rebelión apoyada por el seléucida.

271 Tratado de paz entre Tolomeo y Antíoco, que reconoce al primero sus conquistas.

263 Eumenes, sucesor de Filetero en Pérgamo, se alía con Tolomeo II contra Antíoco: el fracaso de éste en Sardes asegura la plena independencia de Pérgamo.

252 Alejandro, gobernador macedonio del Peloponeso por Antígono Gonatas, se rebela con el apoyo de Tolomeo II y de Antíoco II y conservará su independencia hasta la muerte. Las Cícladas caen en poder de Tolomeo.

249 Los partos, reconociendo la soberanía de Antíoco II, se establecen en Bactriana y Sogdiana.

246 Muerte de Antíoco II y guerra dinástica que se convierte en internacional por el asesinato de la viuda Berenice, hermana de Tolomeo III. Éste inicia una campaña de venganza: ocupación de Seleucia y sumisión de las provincias orientales. Una revuelta en Egipto frustra los éxitos de Tolomeo.

244 Seleuco II restaura el poder, aunque debe dejar en manos de Egipto Éfeso, Mileto, Samos y la Siria meridional.

242 La reina madre, Laodicea, insiste para que Seleuco comparta con su hermano Antíoco Hiérax el poder, confiándole el Asia Menor: Antíoco organiza un ejército a base de mercenarios gálatas, asegurando de este modo el poder seléucida en la región. Paz entre Seleuco II y Tolomeo.

241 Atalo I sucede a Eumenes I en Pérgamo.

238 Antíoco Hiérax se alía con Tolomeo III y con Mitrídates II y conquista los territorios de su hermano Seleuco, que debe huir de Asia Menor.

234 División del reino seléucida: el Tauro como frontera.

233 Tolomeo III devuelve Damasco a Seleuco II.

229 Atalo I vence a Antíoco Hiérax en Coloe (Lidia) y Harpasos (Caria). Auge de Pérgamo.

228 Antígono Doson, rey de Macedonia.

227 Luchas entre Cleomenes III de Esparta y la Liga etolia por la hegemonía.

224 Antígono Doson concluye un acuerdo con Arato de Sicione, estratego de la Liga aquea: restablecimiento de la hegemonía macedonia en Grecia.

223 Principio del reinado de Antíoco III el Grande.

221 Tolomeo IV Filopátor, rey de Egipto.

220 Antíoco III recupera las posiciones seléucidas en Asia Menor. Guerra de las Ligas en Grecia.

217 Tolomeo IV vence a los seléucidas en Rafia y obtiene la Siria meridional y el dominio marítimo.

212 Antíoco III extiende su dominación hasta la India.

209-4 Antíoco III obliga a Arsaces II, rey de los partos, a reconocer su soberanía, aunque no le hace renunciar a la dignidad real.

206 Antíoco III es rechazado en el valle del Kabul.

203 Tolomeo V. Tratado secreto entre Filipo V de Macedonia y Antíoco III, por el que se dividen el imperio tolemaico. El acuerdo provoca la guerra entre Macedonia y Roma. Principio de la gran intervención romana en el mundo helenístico: fin del apogeo macedonio y seléucida y mediatización de Egipto y Pérgamo.



Relieve con jinetes a caballo en la decoración de un vaso procedente de Pérgamo (Museo del Louvre, París). Durante el reinado de Antíoco I, Pérgamo se constituyó en reino independiente bajo los soberanos atálidas. Su prosperidad la sitúa entre las primeras ciudades de Asia, comenzando su decadencia ya en el siglo III.

remos que Pericles reputaba a Atenas muy rica, antes de empezar la guerra del Peloponeso, porque el tesoro había acumulado seis mil talentos. Seis mil talentos era una cantidad enorme en el siglo V a. de J. C.; con ella se podía incluso provocar una guerra. De pronto, Alejandro conquista el Asia y en el tesoro de los persas encuentra, sólo en metal acuñado, ciento ochenta mil talentos. Toda esta fortuna tuvo que circular inmediatamente para satisfacer las pagas de los mercenarios de los diadocos. Nuevos ricos emprendieron nuevos negocios de comercio y de banca, con una iniciativa y una audacia que los hizo más ricos todavía. Los antiguos aristócratas quedaron postergados en una semipobreza, y los pobres viéronse reducidos a una especie de esclavitud por la desproporción entre los jornales y los precios de los artículos de primera necesidad. Así, por ejemplo, el celemín de trigo, que valía tres dracmas en tiempo de Sócrates y cinco en tiempo de Demóstenes, subió a siete y hasta a diez después de Alejandro.

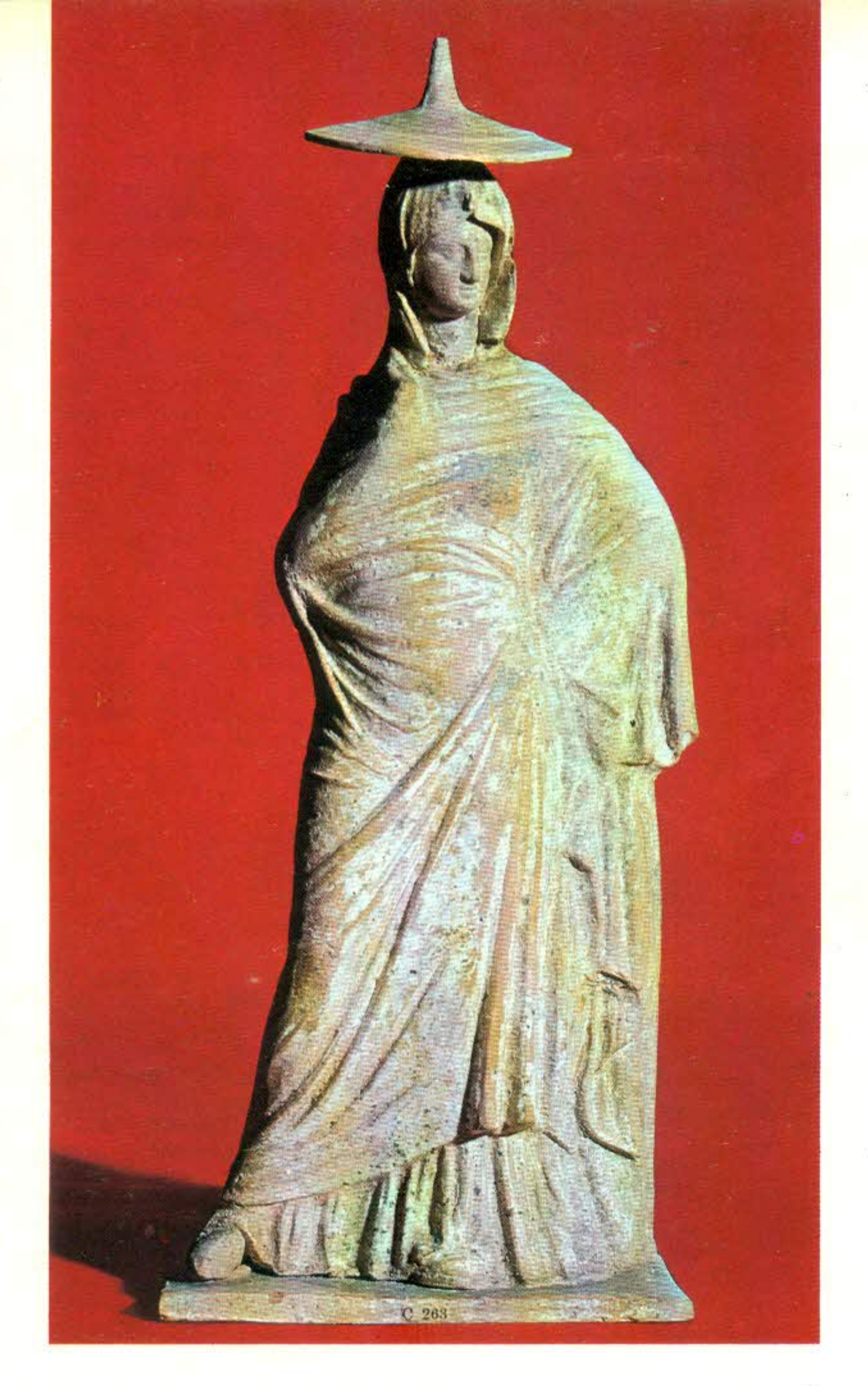
Como ocurre en estos casos, los especuladores acapararon la riqueza y podemos percibir aún la miseria que ocasionaron en Grecia por la agitación que se produjo en las viejas ciudades helénicas en favor de la cancelación de las deudas. En esta lucha social, los ricos, partidarios del orden, que para ellos era la seguridad de cobrar sus préstamos, miraban al rey de Macedonia como a su protector, mientras los demagogos recibían a veces subvenciones de Egipto. Existen pruebas de que Arato, el jefe de la liga aquea, recibió cantidades del segundo Tolomeo a cambio de sus envíos de esculturas y pinturas de la escuela arcaica de Sicione, que en aquellos tiempos de miseria parecerían antiguallas demasiado caras para los griegos.

Tenemos también, al menos, dos casos bien conocidos de esfuerzos que se hicieron para remediar el malestar económico con una organización catastral de la propiedad. Ambos esfuerzos son muy distintos en cuanto a propósito y resultados, pero ambos indican la misma necesidad de intervención del estado, porque el individuo aislado no podía subsistir ante las exigencias de los grandes acaparadores. El primer esfuerzo es la tentativa para restaurar el comunismo antiguo de Esparta que hizo el rey Cleomenes. También en Esparta los ricos se habían enriquecido más y los pobres estaban cargados de deudas. Cleomenes era rey por derecho propio y, además, hábil y valiente. Después que hubo afirmado su autoridad con una campaña contra los seculares enemigos de Esparta, volvió para realizar la revolución. Destituyó a los magistrados que podían oponérsele, desterró a algunos de ellos que se mostraron irreductibles, ejecutó a catorce de

Anverso y reverso de una moneda de Antíoco IV Epifanes con su retrato de perfil y la inscripción "Antíoco de Asia, el dios que se manifiesta, portador de la victoria". Fracasó en el intento de restaurar el helenismo en su reino. Prohibió el culto al Dios de Israel, sublevándose por ello la familia de los Macabeos, que venció a sus generales (Gabinete de Medallas, Biblioteca Nacional, París).





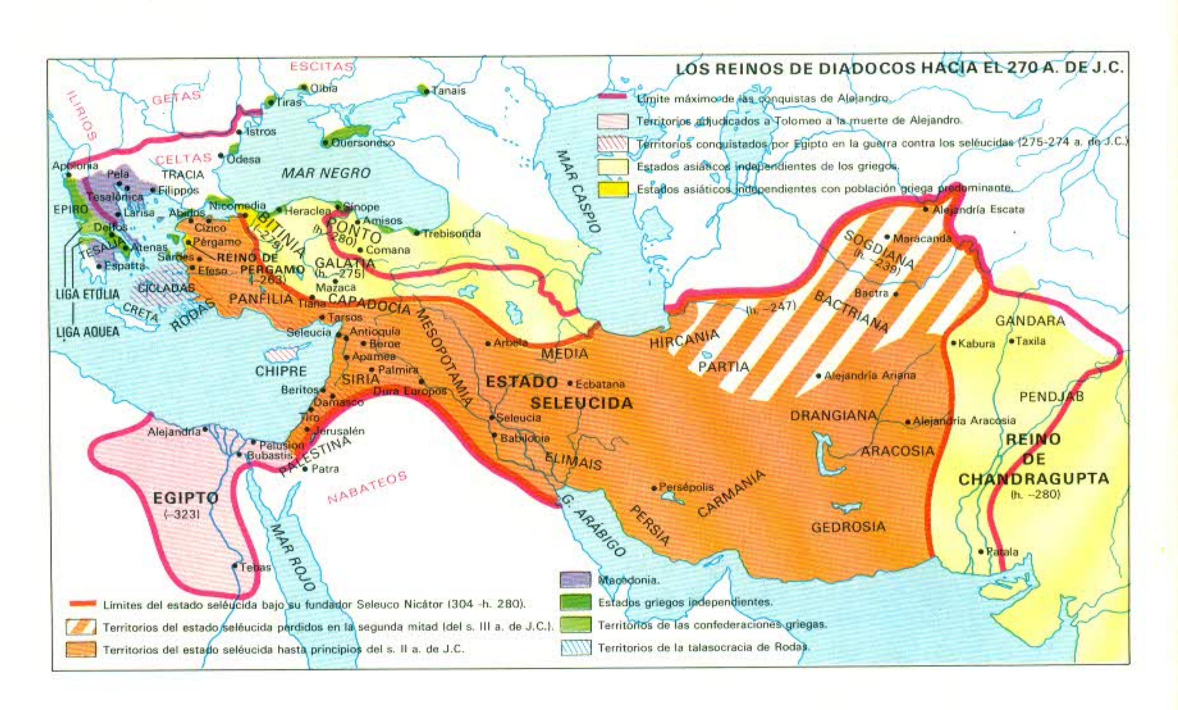


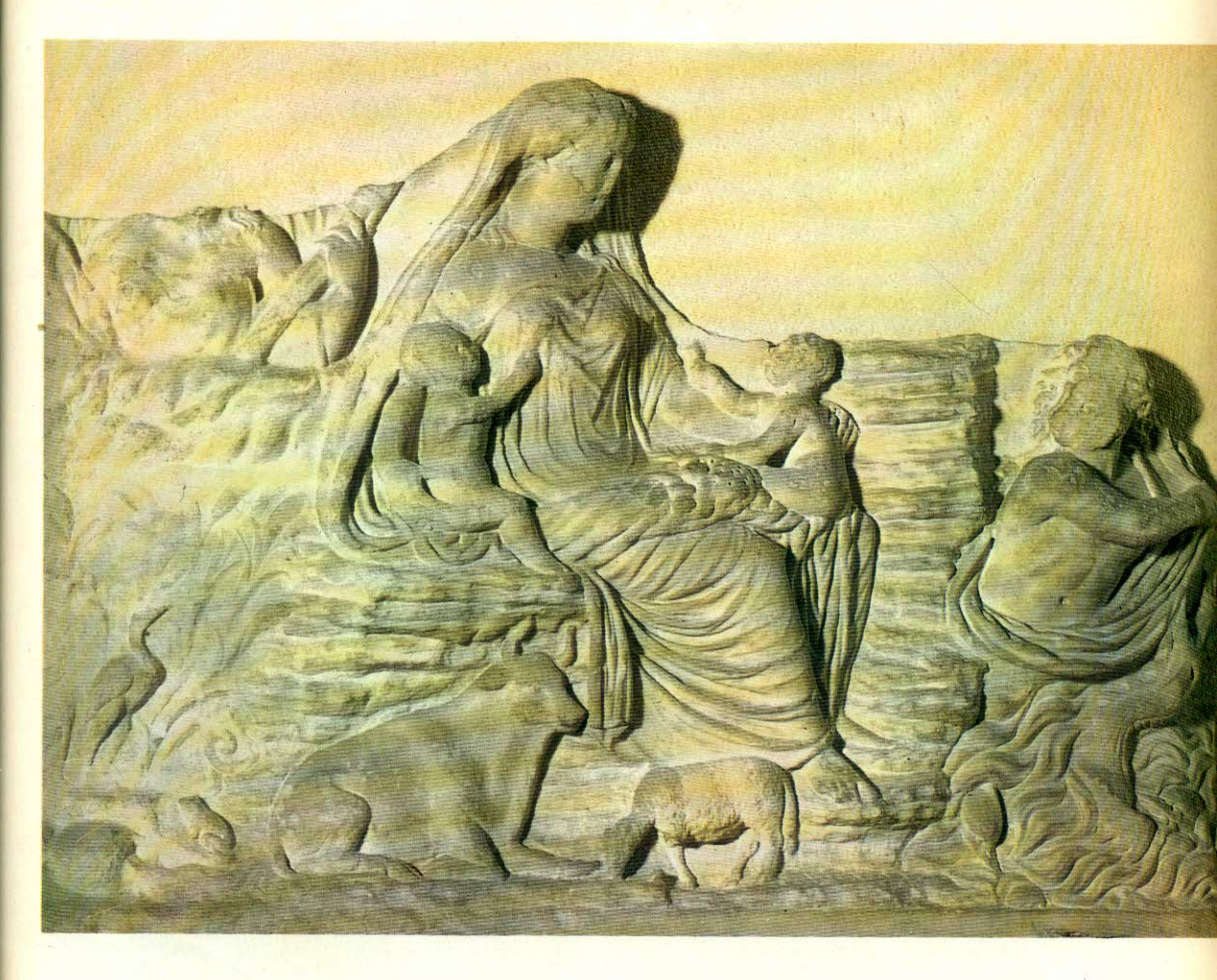
los más peligrosos, y pasó a cancelar las deudas y a dividir otra vez las tierras en parcelas iguales, como si fuera a empezar otra edad de oro, lo mismo que en los tiempos de Licurgo.

Naturalmente, una reforma tan radical no podía ser tolerada por sus vecinos, y la coalición del rey Antígono de Macedonia y del jefe político de Sicione, Arato, restauró en Esparta el "antiguo régimen", devolviendo a los ricos sus propiedades. Cleomenes tuvo que escapar a Egipto, que entonces era, a pesar de su monarquía, un refugio para los revolucionarios, como lo fue Inglaterra el pasado siglo. Pero el que podríamos llamar partido de Cleomenes volvió al ataque en la próxima generación, y esta vez ya no guiado por un rey, sino por un demagogo llamado Nabis. Éste repartió de nuevo la propiedad, confiscó las riquezas y dio libertad a los esclavos... Pero esto ocurría en Esparta y el 207 a. de J. C., y pronto el ejército romano de Flaminino, fuerte de cincuenta mil soldados, ayudado por el partido nacionalista, acabó con la revolución espartana y también con Esparta.

En contraste con el comunismo agrario de Cleomenes, citaremos un esfuerzo muy notable de los primeros Tolomeos para interesar al estado en el fomento de la agricultura en gigantesca escala. ¡Quién sabe cuántas iniciativas como ésta no debieron de acometer los diadocos de Siria y Egipto!, pero sólo de la que vamos a mencionar se han conservado detalles en abundancia. Centenares de papiros, con cartas y documentos de un tal Apolonio, que era el jefe de la explotación, se han descubierto en la provincia del Fayum, en el Alto Egipto. Por

Figurilla de Tanagra (Museo Británico, Londres). Representa a una mujer envuelta en un manto que le cubre graciosamente los brazos. El sombrero con que se toca le da la elegancia propia de una ciudadana que sale de paseo por una gran metrópoli.





Alegoría de Egipto, relieve procedente de Cartago (Museo del Louvre, París). Esta matrona griega que lleva en sus brazos dos niños representa el Alto y el Bajo Egipto. Junto a ella, plantas y animales de aquellas tierras. Los Tolomeos fueron muy respetuosos con las tradiciones del pueblo egipcio y, si en un principio intentaron helenizarlo, pronto desistieron de ello, comprendiendo que les sería más útil ser continuadores que cambiar una historia milenaria.

ellos nos enteramos, con todo género de detalle, que Tolomeo Filadelfo estableció un sistema de riego para aprovechar unas tierras bajas que antes había cubierto un gran lago.

Un brazo del Nilo, debidamente canalizado, con diques y compuertas, permitió cultivar el país en una extensión tan vasta que por sí sola formó un *nomo* o provincia que fue rica en granos, olivos y viñedos, sin contar inmensos rebaños de cerdos y cabras. La explotación se hacía de dos maneras: cultivando los campos por medio de esclavos o arrendándolos a colonos, pero en uno y otro caso el administrador real recogía el producto, lo reunía con el de las otras provincias, para las necesidades del gobierno, y si había sobrante se vendía a los mercaderes. Para esta explotación, Apolonio necesitaba ejércitos de esclavos, y algunos de ellos de gran capacidad; necesitaba, además, carros, barcazas, animales de carga y de tiro, con toda una cohorte de secretarios y funcionarios, que formaban una verdadera escala de jerarquías. Hasta tenía una fábrica de tejidos.

El rey se tomaba gran interés por la explotación; el *nomo* o provincia recibió el nombre de Arsinoe, que era el de la reina. Una de las cartas de un secretario o auxiliar de Apolonio menciona varias conversaciones que éste tuvo con el rey respecto de las viñas, y que una de aquellas entrevistas se la concedió el rey a bordo de una de sus embarcaciones ligeras cuya quilla era de plata, lo que comprueba la veracidad de la tradición de las riquezas de Tolomeo Filadelfo. Estas tentativas de reforma indican la necesidad apremiante que sentían los gobernantes de encontrar una solución al problema

VIDA INTELECTUAL EN EL MUSEO Y BIBLIOTECA DE ALEJANDRIA

Debido a la concentración en Alejandría de numerosos especialistas, la vida científica fue intensísima en cualquier campo. Todas las ramas de la ciencia se dieron cita en el Museo: la matemática, la astronomía, la medicina, la geografía, la mecánica, al lado de la ciencia literaria y la filología. El sentido de solidaridad y de comunidad de esa época hizo desarrollar la investigación científica con la colaboración, antes nunca soñada, de los sabios.

Alejandría siempre se mantuvo en primera línea entre los diversos centros culturales de su tiempo. De ahí que con razón a esa época se la denomine "alejandrina". El trabajo investigador estuvo orientado hacia la acumulación y clasificación de datos; fue una erudición profunda, pero que no se proyectó más allá de las dependencias donde se realizaban los estudios.

Los descubrimientos no fueron más que curiosidades y juegos de eruditos, como en el Renacimiento. Habrá que esperar hasta los siglos XIX y XX para que se conviertan en una técnica capaz de transformar la sociedad. No sintieron la necesidad de aprovechar el rendimiento de las máquinas debido a la numerosa presencia de esclavos que había en las ciudades.

El Museo fue tan famoso, que la mayoría de sabios de esa época vivieron o pasaron una temporada en sus dependencias: Aristarco de Samos, cuya explicación heliocéntrica del mundo se anticipó unos 1800 años al sabio polaco Copérnico; Hiparco, que estableció un catálogo de estrellas y una lista de los eclipses de Sol y de Luna. Eratóstenes de Cirene creó la geografía científica y midió el arco del meridiano de Siena para establecer la longitud de la circunferencia terrestre, lo que consiguió sólo con un error de 385 km.

La medicina hizo grandes progresos gracias a la especial dedicación a la anatomía, ya que los reyes helenísticos permitieron practicar la disección de cadáveres humanos, hasta entonces severamente prohibida. Herófilo es el principal representante de los anatomistas; fue él quien descubrió los nervios sensitivos y logró medir la aceleración del pulso de los enfermos febriles con la construcción de un reloj de agua. Erasístrato fundó la fisiología y estuvo a punto de descubrir la circulación de la sangre. Arquímedes de Siracusa también se formó en el Museo, pero luego vivió en su ciudad natal dedicado a los estudios matemáticos y físicos. A él se debe la construcción de unas máquinas para lanzar proyectiles, gracias a las cuales hizo posible la larga resistencia de Siracusa al asedio de los romanos. Conocido es su descubrimiento de la hidrostática y de la ley de la palanca. Los matemáticos que más se destacaron fueron Apolonio de Perga y Euclides, cuya autoridad no ha sido discutida hasta el siglo XX.

En la biblioteca anexa al Museo se dieron cita las ciencias humanísticas. Los gramáticos, eruditos y filólogos encontraban un valioso instrumento de trabajo en los numerosos volúmenes que la biblioteca custodiaba. El estudio gramatical, semántico y literario de los textos llevado a cabo por filólogos como Zenodoto de Éfeso, Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia dan un indiscutible prestigio a esta institución. Se producen obras de toda índole, ediciones de Homero con la división en veinticuatro cantos, diccionarios, comentarios literarios, ediciones anotadas de escolios de las principales obras, gramáticas, traducciones, como la Biblia de los Setenta para los judíos alejandrinos helenizados, estudios sobre la historia antigua de Egipto realizados por Manetón, etc. En fin, aquí nació la filología y la crítica literaria.

Este laborioso trabajo de recopilación es debido al sentimiento epigonal de esa época. La conciencia de que se había producido un cese de las actividades creadoras y que los períodos anteriores fueron más fecundos motiva la conservación de los textos con los oportunos comentarios y selecciones para transmitir el tesoro de los clásicos a las futuras generaciones. Los poetas, por regla general, fueron los mismos eruditos: Apolonio, Calímaco, Hermesiánax, Filetas de Cos, Arato, Licofrón, Asclepíades, Leónidas, entre otros.

Ello fue la causa de que la poesía se resintiera notablemente de estos conocimientos científicos, al carecer de espontaneidad. Se persigue la elegancia, el pequeño detalle, la perfección formal, el preciosismo métrico, la expresión abstracta, la versión inusitada de un mito o de una leyenda, la elección de palabras raras. Los poetas eruditos pulen, retocan y cincelan sus poesías para satisfacer sus afanes puramente estéticos.

Por otra parte, la poesía sufrió el peso del mecenazgo dispensado por los monarcas poderosos, que todo lo quieren someter. Todo arte ha de ensalzar la gloria del monarca. La religión, el arte, la poesía no pudieron librarse de esta influencia. La literatura se convierte en cortesana y está dirigida por una selecta *élite* envanecida por su prestigio. Esta elegancia y refinamiento crean una estética de tipo rococó.

Si la poesía con su virtuosismo artístico consiguió ciertos éxitos, la prosa, en cambio, experimentó un notable retroceso. El fin de la ciudad-estado significó la desaparición de la brillantez del discurso público, hasta que volvió a florecer en Roma. Un nuevo tipo de discurso popular fue la diatriba, propagada por los cínicos. La historiografía fue de escasa calidad y no logró alcanzar la altura de las hazañas de Alejandro. Hubo que esperar a Polibio, que, consciente de la realidad de los hechos y eliminando toda conexión entre el curso de la historia y del mundo con el azar, siguió el método crítico de Tucídides para narrar la historia de Roma, a la que auguró su hegemonía sobre todo el mundo por largo tiempo.

*

En Asia Menor, la ciudad de Pérgamo poseía, después de Alejandría, la biblioteca más completa. Esta ciudad prosperó sobre todo gracias a su hábil política de apoyo a Roma, mientras los otros estados vecinos sucumbían al yugo impuesto por los romanos. Muestra de la magnificencia de sus monumentos es el altar dedicado a Zeus que todavía podemos contemplar en el Museo de Berlín. En Pérgamo se dedicaron a las tareas científicas filólogos, eruditos y una escuela platónica, si bien los poetas estuvieron prácticamente ausentes.

La isla de Rodas, gracias a su privilegiada situación, fue un gran centro de relaciones comerciales y de intercambio cultural. Su escuela de escultura fue mundialmente reconocida, según nos asegura la tradición. Un alarde de su poderío y de su famosa maestría se reflejó en el Coloso, que era una estatua broncínea de Helios, patrón de la ciudad, cuya altura alcanzaba 33 m. En los siglos II y I a. de J. C. se convirtió en un centro intelectual de primer orden, donde acudían griegos y romanos a perfeccionar sus estudios. Los estudios filológicos y gramaticales rivalizaron con los de Alejandría, a la vez que su escuela de elocuencia, que proclamaba el aticismo frente al recargado estilo asiánico, alcanzó el máximo esplendor con Molon, a cuyas lecciones de retórica asistió Cicerón.

Frente a estos nuevos centros comerciales y culturales, Atenas llevó una vida callada, sumida en el sueño de la soberanía de la ciudad-estado autónoma. Sólo los filósofos y poetas continuaron sosegadamente su vida cultural. Pasó a ser una ciudad universitaria por excelencia. Su papel de metrópoli, que custodia la antigua tradición, lo podemos comparar con las antiguas capitales europeas, que atraen a los potentados de todo el mundo. Pero la Atenas de la época helenística dio patente realidad a la afirmación que Tucídides puso en labios de Pericles: Atenas es la escuela de toda Grecia.

J. A.

económico. Es una época en que la esclavitud adquiere proporciones fabulosas y se importan esclavos del Asia y de la Nubia; en la correspondencia de Apolonio se habla de dificultades con las aduanas sobre el tráfico con esta mercancía humana, y aun es posible que la suerte del esclavo, que tenía asegurado el sustento, fuera preferible a la del ciudadano libre abrumado de deudas. La situación era tan angustiosa, que el pueblo perdió todo estímulo para mezclarse en política. ¿De qué servía discutir cómo debía gobernarse el estado cuando existía el problema apremiante de pagar el interés de la hipoteca y alimentarse si quedaba aún algo para ello?

Pronto el pueblo cifró su única esperanza en el monarca. El diadoco entronizado, o su hijo, o su nieto, fue más que un rey, fue un dios, un *theos,* un *epifanes*... Se ha dicho que la divinización del jefe del estado, que empieza en el mundo griego con los diadocos, es una consecuencia de la conquista de Oriente por Alejandro. Muy cierto que Alejandro en Egipto se sintió hijo de Amón y que en Asia se hizo venerar como un personaje divino, pero los griegos nunca lo tomaron en serio. En cambio, años más tarde los atenienses hicieron locuras para honrar a Demetrio Poliorcetes y los que divinizaron a los diadocos en Siria y Egipto no eran sólo los naturales del país, sino también griegos y macedonios que iban con los diadocos.

No hay duda, pues, que el hecho de aceptar los griegos al monarca como un ser casi divino es más bien una consecuencia de su estado de depresión moral que un contagio ideológico del Asia. Las mismas causas produjeron los mismos efectos, y así los emperadores romanos fueron divinizados más tarde por razones que hemos de considerar análogas.

Además los descendientes de los diadocos fueron degenerando de tal modo, que se hizo necesario divinizarlos para justificar su autoridad. Basta mirar los retratos de los últimos Tolomeos para ver cómo el tipo se ha empobrecido por falta de cruzamientos, por-



Colosal león del arte helenístico procedente de Anfípolis, situada actualmente entre Kavala y Salónica. El comercio, por la libertad y seguridad de la navegación, se hacía a gran escala, con provechosos resultados. Anfípolis, la antigua colonia de Atenas, exportaba en aquella época oro, madera y cereales a todo el vasto imperio creado por Alejandro Magno.



Sileno borracho, bronce helenístico procedente de Pompeya (Museo Arqueológico, Nápoles). Esta divinidad del séquito de Dionisos poseía, a pesar de su continuada embriaguez, extraordinaria sabiduría. Como padre putativo de Dionisos, formó con sus lecciones al joven dios.



Centauro y sileno, copia romana de un original helenístico del siglo II a. de J. C. (Museo del Louvre, París). Los miembros del séquito de Dionisos fueron objeto de particular atención por los artistas anónimos del helenismo, que trataron el tema prolijamente.

que era costumbre de los macedonios el casarse incluso entre hermanos. Los descendientes de Antígono y Demetrio Poliorcetes también cayeron a un nivel deplorable. El último de los reyes de Macedonia fue llevado cautivo a Roma y su hijo se avino a ejercer el oficio de escribiente en una ciudad de Italia.

Otra consecuencia de la revolución económica fue el desarrollo que adquirieron las ciudades. Las pequeñas explotaciones agrícolas no producían lo suficiente para compensar el rudo trabajo de los campos, y la ciudad atrajo al campesino con frívolos placeres. Allí estaba el gran monarca; nadie moría de hambre a su lado. Como en las ciudades modernas, nuevos inmigrantes traían a la capital mayor prosperidad: llegaban a ella con sus últimos recursos y había que alojarlos, creando nuevos barrios; se especulaba en terrenos, se necesitaban brazos para los oficios urbanos. Todo artificial, todo resultado de aquella afluencia de gentes que no producían nada útil. Celebrábanse procesiones, fiestas, cortejos, coronaciones; se murmuraba, se criticaba, se discutía sobre una próxima guerra... Pudiendo vivir así, nadie iba a quedarse en el predio rústico, siempre amenazado de confiscación por deudas. Allí, en Alejandría o Antioquía, había sitio para todos, la vida transcurría en una continua excitación.

Pero lo que sabemos de Alejandría causa cierto desencanto al ver cuánto se parecía por su mal gusto y presunción a una metrópoli moderna; abriga uno el temor de que las aglomeraciones humanas serán siempre perjudiciales. Tenemos la descripción, conservada en la obra del retórico Ateneo, de una de las procesiones con que más se complacía Alejandría. Fatiga por su esplendor de oropel: desfilan carros y más carros, algunos arrastrados por centenares de hombres, que pasean máscaras de dioses y genios; incluso se hacía ostentación de las riquezas del tesoro real, que figuraban en la procesión llevadas en andas. Se exhibían también objetos raros y muchos animales, procedentes éstos del jardín zoológico del museo: leopardos, panteras, un oso blanco, un rinoceronte... El desfile duraba desde la mañana hasta la noche; por esto abría la marcha un personaje que figuraba la estrella del alba y la cerraba otro que, lógicamente, simbolizaba la estrella vespertina.

De cómo el pueblo se regocijaba con estas fiestas nos da una idea el mimo o sainete de Teócrito titulado *Las mujeres en la fiesta de Adonis*. Dos comadres, Praxinoa y Gorgo, muy compuestas, se disponen a salir de casa para ver la procesión. He aquí cómo hablan:

"GORGO. – ¡Qué tonta he sido en venir a buscarte! Casi me han aplastado la gente y los caballos. Por todas partes se ven hombres con botas altas y uniformes. ¡No sé por qué habéis venido a vivir tan lejos!

"PRAXINOA. – El loco de mi marido me hizo venir aquí, lugar más propio para corrales que para casas. ¡Y todo para impedir que tú y yo fuésemos vecinas!, siempre lleno de celos el gran maldito; siempre lo mismo.

"GORGO. – No hables así delante del niño. ¿No ves cómo te mira? No, no, amor mío, no es de tu papá de quien estamos hablando...".

Salen a la calle. Los empujones, los gritos y exclamaciones de la gente que se atropella para ver la procesión están descritos por Teócrito con admirable realismo:

"PRAXINOA. – ¡Oh cielos, qué gentío! Esto es peor que un hormiguero. Ya te digo yo, Tolomeo, que nos las has dado muy buenas desde que murió tu padre, que esté en la gloria... ¡Oh, oh, el caballo del rey! ¡Pero no me aplastéis, buen hombre! ¡Mira qué magnífica bestia! ¡No empujéis tanto, eh!".

Así habla la gente por las calles de Alejandría en los versos cómicos de Teócrito. Unos se alaban de ser de Corinto y de su puro acento dórico; la cantante que entona el solo del himno de Adonis en la procesión es griega, ha venido de Argos. Los griegos estaban en mayor número, pero tenían que codearse con los judíos, tan abundantes en Alejandría, y, por fin, los indígenas egipcios del barrio de Rakotis también acudían a presenciar los festivales de los macedonios.

Los Tolomeos hicieron grandes esfuerzos para atraer a Alejandría los mejores artistas y hombres de ciencia. Lo consiguieron sólo a medias. El centro de estudios filosóficos continuó siendo Atenas, y hasta en algunos casos los poetas se negaron a abandonar la vieja patria para trasladarse a Egipto. Esto explica el carácter de compilación y comentario que tiene todo lo que se produjo en la biblioteca y el museo de Alejandría.

El fundador del museo fue el primer Tolomeo, quien tenía pretensiones de escritor. Había compuesto una Vida de Alejandro, con detalles interesantes que fueron aprovechados por los historiadores de la época romana. Incluso hizo construir un teatro griego en Alejandría y hasta se había interesado en investigaciones científicas, como la exploración de las costas del mar Rojo. Ya se comprende, pues, que Tolomeo recibiría con los brazos abiertos a un emigrado político ateniense que, además de gran intrigante, era filósofo de profesión. Se llamaba Demetrio de Falero, por haber nacido en el puerto de Falero, cerca de Atenas, y habiéndose mezclado demasiado en los negocios de la ciudad durante diez años, en oposición a los planes de Antígono y de su hijo, al fin tuvo que refugiarse en Egipto.

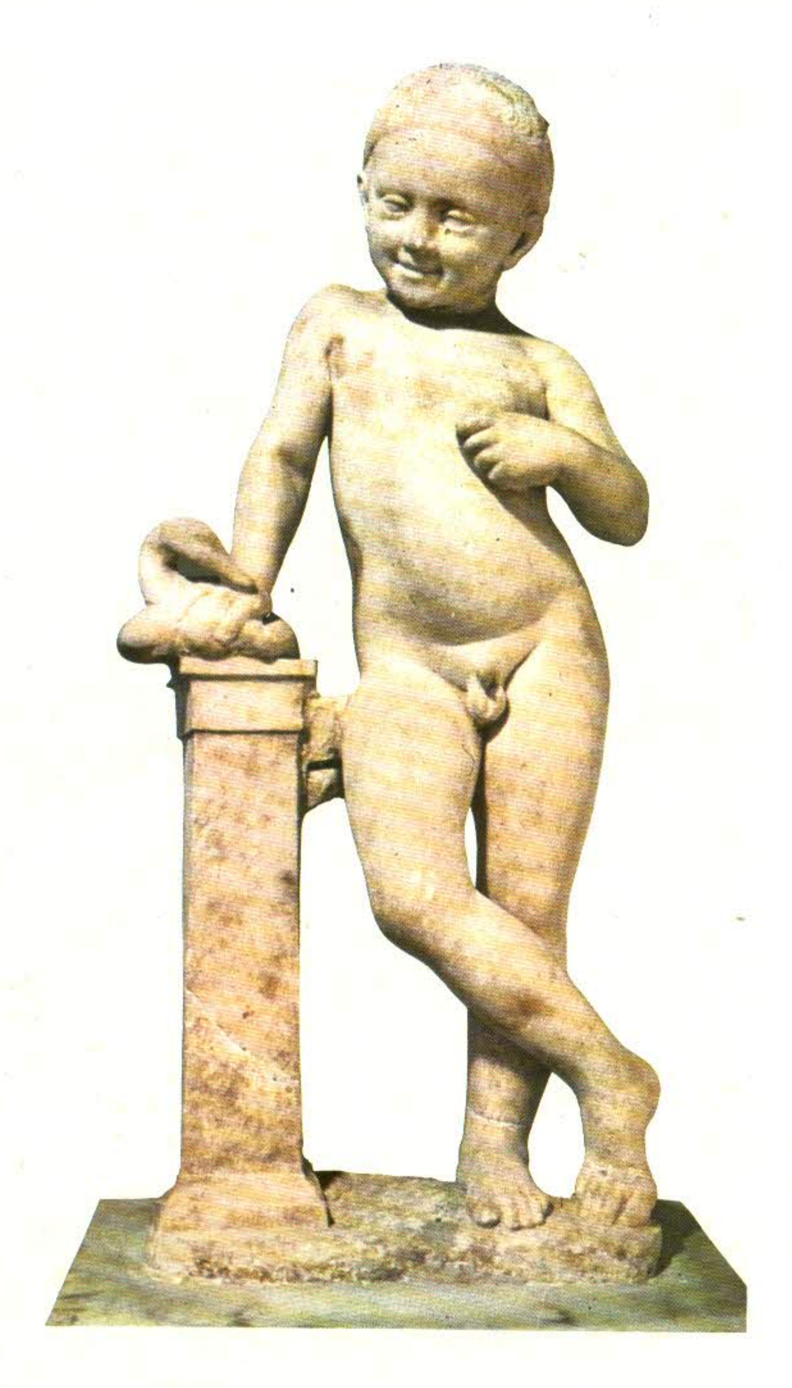
Demetrio de Falero presumía de discípulo de Aristóteles y escribió tratados sobre los asuntos más diversos. A pesar de su "pose" de estético, no cabe duda que tenía cualidades para ser jefe de escuela: él sugirió a Tolomeo la creación de un centro de estudios en Alejandría, llamado *Museo* o templo de las Musas. Así, pues, el primer museo del mundo, más que un depósito de objetos preciosos, era una escuela. Por primera vez en la Historia el estado reunía y mantenía de su presupuesto una corporación laica de sabios y artistas, asociados para estudiar y enseñar. Aunque el museo y después la biblioteca de Alejandría eran instituciones reales, contiguas al palacio o residencia del monarca, gozaban en sus funciones de completa autonomía.

Los miembros del museo acudían a Alejandría invitados por el monarca y recibían sueldo como empleados de la casa real. Hacían vida común, como en los colegios ingleses, y tenían un jefe o director. Había entre ellos, sin duda, sus diferencias, y algunas veces buscaban el descanso de sus tareas y un alivio de los calores de Alejandría retirándose a la deliciosa isla de Cos, donde estaban el sanatorio y la escuela de Medicina. Nos ha quedado el recuerdo de una de estas disputas de sabios en la segunda generación del museo de Alejandría. Era entonces director un buen poeta y crítico, Calímaco, quien opinaba que los tiempos no eran favorables para la poesía épica y que debían producirse epigramas cortos. Otro de los poetas del museo, Apolonio, creía, por el contrario, que se había vuelto a despertar el interés por la epopeya y que debían presentarse ahora los asuntos mitológicos con vestiduras nuevas. Parece extraño que una contienda literaria de esta clase pudiese degenerar en virulencia, pero Apolonio prefirió marcharse a Rodas, donde compuso una corta epopeya sobre el viaje de los Argonautas. La obrita es tan artificial y refinada, que demuestra todo lo contrario de lo que quería probar Apolonio; prueba que, hasta queriendo hacer epopeya, los poetas de Alejandría hacían poesía sentimental.

Lo que poseemos de Calímaco no es suficiente para asegurarnos que estuviese en lo cierto en su opinión, pero no puede negarse que sus escritos tuvieron más influencia en los poetas de la época romana que los de Apolonio. Las odas de Horacio,



Relieve votivo del siglo II antes de J. C. que representa un banquete (Museo del Louvre, París). Los diadocos crearon reinos con gobierno centralizado en una populosa urbe, donde el lujo y el refinamiento de costumbres eran cada vez más evidentes. Los banquetes y fiestas solían celebrarse a menudo, aprovechando cualquier motivo. El arte, con su característico realismo, gusta de reproducir estos hechos de la vida diaria.



Grupo de un niño con una oca, del siglo III a. de J. C. (Museo Arqueológico Nacional, Atenas). La representación de este niño, de graciosa factura, denota la transformación del arte monumental en decorativo, propio de aquella época.

Cátulo y Propercio son imitación de los himnos de Calímaco. Por lo general son la historia de un amor desgraciado entre personajes mitológicos, sacando partido a veces de una tradición local –porque estos poetas eran maestros en folklore–, pero otras veces son lamentaciones del mismo poeta, víctima también de la crueldad femenina. En realidad, los poetas alejandrinos crearon un nuevo género literario del que todavía hoy experimentamos las consecuencias: la poesía erótica sentimental. Notamos en estos poetas cortesanos cierta complacencia en las aventuras amorosas, que quizás es una de las pocas cosas que los griegos tomaron de Persia. El cuento o historia de dos amantes, tradicional del Oriente, reviste en Alejandría caracteres helénicos; pierde en fantasía, pero gana en intención.

Tenemos que mencionar otra vez, y en relación con Calímaco y Apolonio, a Teócrito. Era siciliano, de Siracusa, y debió de trasladarse a Cos para estudiar medicina, pero en lugar de aprender a curar, se confirmó allí en su vocación de poeta. Volvió a Siracusa y después pasó a Egipto, donde Tolomeo Filadelfo le ofreció generosa hospitalidad. Teócrito era del tipo de artistas que pueden expatriarse sin dificultad, pues su flexibilidad mental le hacía capaz de amoldarse a los géneros más diversos. Ya le vimos componiendo mimos o sainetes, pero también se han conservado sus himnos en honor de su protector: "Permite, Zeus, y vosotras, Musas, que si hemos de cantar a un mortal, cantemos a Tolomeo, el más grande de los humanos...". Casi diríamos que Teócrito, en este himno, pretende ser un "homérida". Con todo, su fama proviene de las bucólicas, en que el poeta, fingiéndose pastor, canta con otros pastores sus penas y glorias al ser amado o no por sus amigas, también pastorcitas.

Es sorprendente que las églogas de Teócrito puedan haberse tomado como imitaciones de genuinos cantos populares de Sicilia. Hoy vemos su artificiosidad y preciosismo de tapiz y, pese a esto, nos agradan tanto o más que a nuestros abuelos, quienes tomaron muy en serio las quejas del pastor Menalcas o la crueldad de la "más dura que el mármol", Galatea. Esta poesía pastoril, elegante y fingida, no es otra cosa que una evasión del asfixiante ambiente de las grandes urbes. El helenismo nació y se desarrolló en centros de cultura cosmopolitas; por esto el poeta de vez en cuando sólo encuentra la expresión de lo íntimo en una idealización de lo que no está a su alcance. La poesía idílica carece de una visión real de la vida del campo precisamente porque nace por contraste en la vida urbana. Teócrito es el único poeta de esta época que en cierta manera escapa a la pura artificiosidad por sus conocimientos directos del campo durante su niñez en Sicilia y los años que pasó en Cos. Sus idilios aún respiran la vitalidad y el encanto de la vida campestre, sin las exageraciones que la literatura posterior ha producido con el bucólico disfraz.

Desde Teócrito, el mundo no ha cesado de oír gemir a pastores desgraciados, con zampoñas de alquiler y zurrones de guardarropía. Pero, ¡extrana virtud de la poesía! Con este manoseado material "alejandrino", Virgilio y Garcilaso compusieron las obras supremas de las literaturas latina y castellana.

No todo eran pastores y argonautas en los cenáculos de poetas de la biblioteca y del museo; ya hemos visto a Teócrito escribir mimos o sainetes. Es el "género chico" alejandrino, muy parecido a los entremeses de la literatura castellana. Los mimos eran casi un producto espontáneo, hasta el punto de que a veces no se precisaba siquiera lo que debía tratarse en el diálogo; el autor, que era a menudo uno de los actores, fijaba sólo el argumento. Es curioso ver cómo la comedia acaba por donde había empezado. Recordemos que la comedia griega tuvo su origen en los mimos populares, muy distintos de los cantos báquicos, que engendraron la tragedia, pero en esta época todo propósito moralizador ha desaparecido de la comedia. Menandro es el autor favorito del público en estos momentos. Era todavía de Atenas y rehusó la invitación de Tolomeo para trasladarse a Alejandría; pero debió de ser muy popular en Egipto, porque se encuentran papiros con fragmentos de sus comedias en relativa abundancia y hasta han aparecido allí completas dos de sus obras. Menandro, junto con Filemón y Dífilo, es el representante de la "Comedia nueva". Su obra refleja fielmente la sociedad aburguesada y sin audacia que conoció. La comedia en esta época pierde por completo las preocupaciones especulativas de la vida política para convertirse simplemente en una comedia de costumbres, que representa situaciones humanas más o menos impregnadas de humor cómico. Al tomar sus asuntos de la vida ordinaria, las comedias de Menandro deleitaban al público contándole las penas de una niña humilde, la malicia de un tutor o los enredos de una cortesana y de un señorito dilapidador... Todos estos personajes cómicos pasarán a ser tipos estereotipados de las comedias de Plauto y de Terencio y más posteriormente de Molière. En definitiva, deriva de la época de Menandro nuestra noción de comedia como farsa frívola e irónica.

Acaso la más trascendental labor que llevó a cabo el museo y biblioteca de Alejandría fue la obra de depurar los textos de los escritores clásicos, dándonos la versión definitiva. Ya hemos dicho en otra ocasión que a los eruditos de Alejandría debemos el actual texto de Homero. Hubieron de hacer grandes esfuerzos para procurarse los manuscritos. Dispuestos a pagarlos a peso de oro, no es de extrañar que su biblioteca llegara a tener cuarenta mil volúmenes. Nos consta que, además de adquirir libros, la biblioteca de Alejandría también vendía y exportaba manuscritos, que eran sumamente apreciados por los intelectuales del mundo antiguo.



Estatua sedente del comediógrafo Menandro (Museo Vaticano). El creador de la "comedia nueva" describe la vida urbana en su más crudo realismo, sin excluir las escenas escabrosas. Sus comedias nos muestran la ruidosa Atenas del siglo IV a. de J. C., con sus tipos y costumbres.

BIBLIOGRAFIA

Alsina, J.	*La literatura griega,* Barcelona, 1967. *La literatura griega clásica,* Barcelona, 1964. *La obra de Menandro,* en "Helmántica", Salamanca, 1960. *La religión helenística,* en "Helmántica", Salamanca, 1956. *Teòcrit,* Barcelona, 1961-1963.
Bowra, C. M.	*Introducción a la literatura griega,* Madrid, 1968.
Brochard, V.	*Los escépticos griegos,* Buenos Aires, 1945.
Burckhart, J.	*Historia de la cultura griega* (vol. V), Barcelona, 1854.
Cahen, E.	*Callimaque et son oeuvre poétique,* París, 1929.
Fernández-Galiano, M.	*La Atenas de Menandro,* en "Problemas del mundo helenístico", Madrid, 1961.
Festugière, A. J.	*Epicure et ses dieux,* París, 1946.
Hauser, A.	*Historia social de la literatura y el arte* (vol. I), Madrid, 1964.
Lasso de la Vega, J.	*El concepto del hombre en la época helenística,* Madrid, 1955.
Lesky, A.	*Literatura griega,* Madrid, 1967.
Meautis, G.	*Le crépuscule d'Athènes et Menandro,* París, 1960.
Nestle, W.	*Historia del espíritu griego,* Barcelona, 1961.
Petit, P.	*La civilisation hellénistique,* París, 1968.
Rostovtzeff, M.	*La historia social y económica del mundo helenístico,* Madrid, 1967.
Schwartz, E.	*Figuras del mundo antiguo,* Madrid, 1966.
Tarn, W.	*La civilisation hellénistique,* París, 1956.
Tovar, A.; Marías, J., y cols.	*Problemas del mundo helenístico,* Madrid, 1961.



Eros y Psiquis, escultura del siglo II a. de J. C. (Museo del Louvre, París). Eros, el muchacho alado que dispara sus dardos y enciende en los corazones el fuego de la pasión amorosa, y Psiquis, la princesa que por su belleza despierta los celos de la misma Afrodita, constituyen un interesante motivo para los artistas griegos de todas las épocas.